

IV Premio microrrelatos
manuel j. Peláez



COLECTIVO
MANUEL J.
PELÁEZ



SELECCIÓN DE TEXTOS

IV PREMIO DE MICRORRELATOS
“MANUEL J. PELÁEZ” 2016

Selección de textos

Colectivo Manuel J. Peláez

www.colectivomanueljpelaez.org

Primera edición, 19 de junio de 2016

© Textos: autores antologados

© Imagen de portada: Carmen Álvarez

Patrocina: Solventia

Imprime: Estugraf S. L.

Depósito Legal: BA-000235-2016

Impreso en España

A Flora

PRESENTACIÓN

El Colectivo «Manuel J. Peláez» se creó en memoria de una persona, pero a partir de un grupo de ellas y con la intención de expresar parte de lo que bulle en la sociedad de una pequeña ciudad extremeña. Estamos en tiempos de reclamar muchas cosas y una de ellas es que no todo lo que merece la pena sale en los telediarios. Hay mucha vida más allá de adonde llegan las cámaras de los reporteros. Originado en homenaje a Manuel J. Peláez —uno de esos amigos que a cualquiera se le puede cruzar en la vida pero se nos cruzó a nosotros— el Colectivo ha sido manifestación de los afanes de un grupo de gente empeñado en hacer de la cultura una forma de ser. Como en lo pequeño se resume, en cierto modo, lo que todos somos, y la literatura no es mala forma de contarlo, decidimos crear un premio alrededor del más minúsculo género de las letras (si olvidamos ciertas modalidades poéticas): el microrrelato.

El Premio de Microrrelatos «Manuel J. Peláez» cumple un año más. Tras las ediciones de 2013 (ganada por Isabel Urueña Cuadrado, con «Última duda»), 2014 (en la que se alzó con el galardón Ángel Pontones Moreno, con «Reconocimiento»), y 2015 (que ganó «El timo» de Diego Rinoski) el premio alcanza la cuarta edición.

Si en las ediciones anteriores fueron admitidos 1.832, 1.565 y 1.752 textos, respectivamente, en esta ocasión han sido 1.765 los textos (de 9 a 317 palabras) presentados, procedentes también de varios países. La presidenta del jurado ha seguido siendo María del Carmen Rodríguez del Río, presidenta del Colectivo y catedrática de Lengua y Literatura. Han continuado también como miembros del jurado

Mercedes Santos Unamuno (vicepresidenta del Colectivo y profesora) y José Manuel Martín Portales (poeta y periodista). Pero han salido de él este año Ángel Pontones Moreno y Miguel Ángel Lama Hernández, siendo sustituidos por el poeta y profesor Luciano Fera Hurtado, por el maestro Juan Santos Rincón Morales y por Diego Rinoski, ganador del premio en la pasada edición. Como secretario del jurado, con voz pero sin voto, ejerció un año más el profesor José Carlos Martínez Yuste.

El jurado seleccionó 55 de los textos presentados y entre ellos centró en diez las últimas deliberaciones. Los textos de Eva Limendoux Torres, Fabián Rubén Dorigo, Marlys Estrada, Yolanda Fidalgo Vega, María Fraile, Francisco López Serrano, Juan Carlos Muñoz, Arturo Sánchez Velasco, Jesús Tíscar Jandra y Adriana Tursi resistieron hasta el final. Entre ellos, se alzó con el premio el microrrelato «Indigestión» de Eva Limendoux Torres.

El IV Premio de Microrrelatos «Manuel J. Peláez», dotado con 1.000 euros, se entregó en un acto público celebrado el domingo 19 de junio de 2016 en Zafra.

Como venimos haciendo desde hace cuatro años con volúmenes similares, ofrecemos en este librito los cincuenta y cinco textos finalistas. Una vez más, agradecemos la participación de todos los escritores y las escritoras que han presentado sus relatos al certamen y a la empresa SOLVENTIA, de Zafra, que —junto al propio Colectivo— lo ha financiado. Y felicitamos efusivamente a los finalistas y a la ganadora del premio.

MICRORRELATO GANADOR

Eva Limendoux Torres (Madrid)

Nació en 1970. Licenciada en Psicología por la Universidad Complutense de Madrid, durante años ejerce su carrera profesional en el ámbito de los Recursos Humanos. Dedicada a la fotografía y a la escritura, ha realizado diversas exposiciones individuales y participado en talleres literarios de la mano de la Escuela de Escritura Fuentetaja, Hotel Kafka y Clara Obligado. Siempre en la búsqueda de todo aquello que le permita manifestar lo que percibe... Un diálogo entre emociones, palabras e imágenes.

«La palabra es mitad de quien la pronuncia,
mitad de quien la escucha»

Michel de Montaigne

*«Indigestión» nace de una pregunta: ¿A dónde van las
palabras que no se dicen?*

*Todos tenemos algo que contar, este libro es el mejor de
los ejemplos...*

INDIGESTIÓN

Mi padre rumiaba, se pasaba la lengua por los labios y eructaba.

Le encontraron cuatro estómagos. Los cuatro repletos de palabras. Allí era donde amontonaba todo lo que no nos decía. Un vertedero de silencios.

Mamá era sentimental, con todas ellas se hizo un libro con tapas de piel de vaca.

PRIMEROS FINALISTAS
(Por orden alfabético de apellidos)

Fabián Rubén Dorigo
(San Miguel de Tucumán, Argentina)

Julio Cortázar comparaba la literatura con el boxeo. Para él, la novela ganaba por puntos y el cuento, por nocaut. Si nos atreviéramos a extremar esta analogía, el microrrelato estaría obligado a vencer en la primera vuelta. No hay tiempo para fintas ni estrategias; pura piña y a la lona. De no ser así, la contienda se pierde y el relato se desdibuja a los ojos del lector. También se ha dicho muchas veces que todo lo que el hombre hace —incluso la literatura—, es para intentar ganarle a la muerte una pelea ya perdida antes de iniciada. El tío Fermín, en su obstinada rebeldía, decidió enfrentar a la parca matándola con la indiferencia. Así le fue.

TÍO FERMÍN

Tío Fermín siempre fue un rebelde. Por eso cuando no se quiso dar por enterado de que había muerto, ninguno en la familia se asombró demasiado.

Fue un velorio animado. El tío charlaba y tomaba café en el patio como uno más de sus deudos, venidos algunos desde pueblos muy lejanos. Bastaba esperar la llegada de un nuevo visitante, verlo acercarse al ataúd vacío y volver a la sala con cara de sorpresa para que todos los presentes soltáramos las carcajadas. Después, alguno de los familiares más cercanos explicaba al recién lle-

gado la situación; porque el tío, fiel a sus principios, se negaba siquiera a mencionar el tema de su reciente pase a la posteridad. Fue divertido sí, aunque por la mañana hayamos tenido que ponernos serios y enterrar al tío Fermín a la fuerza.

Un buen rato después de que taparan el hoyo todavía se escuchaban sus gritos.

Marlys Estrada Cañada (Matanzas, Cuba)

Hoy en día se habla mucho de feminismo y de igualdad de género, vemos mujeres valerosas que levantan su voz y su pancarta para que se respeten sus derechos, para que les den iguales oportunidades, para que no les bajen el salario. Y eso está muy bien. Pero deberían luchar también por la libertad de sentirse dueñas de sus cuerpos, de reencontrarse consigo mismas después de los cacharros sucios y de la oficina, la libertad de reconocer y explorar su sexualidad sin pudor ni recatamientos medievales. Brindo por esas mujeres auténticas que pueden decir: *Yo me masturbo. ¿Qué pasa?*

COMO UNA VERDADERA DAMA

Usted se levanta temprano y entiende que tiene un largo día por delante. Asea a los niños, prepara el desayuno, los manda a clases. Las tareas hogareñas le absorben, como cada jornada.

Pero hoy, mientras hace limpieza, encuentra un CD que Andrés dejó fuera de la caja. Lo pone. Y lo que encuentra la indigna. Vulgar pornografía que les tupe los sentidos a los muchachos. Deberían exterminarla. Le indigna ver a las mujeres venderse como objetos, le indignan las rubias con pecho y sin cerebro, en shorts minúsculos y poses innombrables, le indignan los hombres sin rostro que las descuartizan sobre sus penes descomunales.

Usted se siente ultrajada, pero su cólera se va diluyendo en la curiosidad y una urgencia familiar le acalambra la entrepierna.

Usted entiende que es normal sentir las ganas (¿o no?), pero ya no tiene edad ni tiempo para estas cosas. Sin embargo, su mano izquierda se ha desconectado de su cerebro y se retuerce involuntariamente los pezones. La derecha, sublevada también ante las buenas maneras, se desliza bajo el vestido de estar en casa y busca con ansiedad una rendija hasta llegar a su clítoris erecto, resucitado después de un largo olvido. Usted, condescendiente, se lo permite. Solo por hoy, no hay nadie en casa. Se rinde a la droga del placer, y gime, chilla y se tambalea ante el orgasmo múltiple que le dobla las rodillas de un zarpazo.

Usted se recupera poco a poco, y siente asco. Se siente culpable, inmoral, impura. Mira la escena del televisor y vuelve a parecerle una vejación a la mujer y al mundo. Maldita pornografía que empobrece el alma de los hombres. Usted toma el CD y lo echa a la basura, se reprende severamente y se promete, como una verdadera dama, que es la última vez que hace algo tan asqueroso.

Usted vuelve a la cocina.

Yolanda Fidalgo Vega (Moraleja del Vino, Zamora)

DE RUISEÑORES

¿Qué es un ruiseñor? Un pájaro pequeño, insulso, más parecido a un gorrioncillo que a cualquier otra cosa. Uno podría esperar que esa potencia de voz proviniera de un ave del tamaño de, al menos, una paloma, y que su plumaje tuviera tantos colores como su canto. Y sin embargo, si pasas a su lado quizá no lo encuentres, escondido como un pequeño fantasma entre las ramas de los arbustos.

Pero, si quieres oírlo, debes salir de noche. Debes abandonar el abrazo seguro de tu cama y adentrarte en las todavía frescas noches de primavera, porque en esas mágicas noches, el ruiseñor, abriendo sin ningún temor su pequeño pico amarillo, llama al amor. Y el amor le escucha y se acerca en silencio, para bailar con él una danza de plumas bajo la tenue luz estelar.

¿Te atreverías? Saldríamos ambos de la mano en la oscuridad, no debes temer nada aunque no haya luna, al fin y al cabo, la luna es otra más en la noche, mejor que estemos solos, yo cuidaré de ti.

Podríamos inventar nuestros propios senderos, podríamos decidir si regresamos o si, cuando llegue el invierno, partimos lejos, tras los ruiseñores, buscando el calor que aquí desaparece, mirando al cielo, dejando que nuestras alas crezcan para volar, sin miedos, entre las nubes.

María Fraile (Marsella, Francia)

María Fraile (Salamanca, 1975) tuvo que huir de España hace diez años para no morir de hambre. Actualmente reside en Francia donde su mayor problema es tener que beberse las cervezas sin tapa. A palo seco. Ambas desgracias la llevaron a escribir pequeñas ficciones que recopila en su blog «Tengo mucho cuento» <http://mariafraile75.blogspot.fr/>. Algunas de ellas han sido traducidas al francés en la antología *Lectures d'ailleurs* publicada por la Universidad de Poitiers. Otras han participado en revistas como *Microfilias* o *Visor* y las más afortunadas se han llevado algún que otro premio y mención en concursos y certámenes.

EL JERSECITO DE ROMBOS

*«Colocado en un tránsito histórico,
pagaré con mi vida la lealtad al pueblo»*
Salvador Allende

Quién le iba a decir a ese jersesito de rombos banal, a ese jersey de rombitos concebido para hipnotizar de aburrimiento, que cuando era un ovillo se imaginó, como todos nos imaginamos una vida cuando aún somos un proyecto de hombre banal, sentado al calorcito dando forma a un corpachón sin afición al riesgo y a las intemperies; él, que pensó en una vejez llena de pelotillas, retiradas con mimo por uno de esos rulos adhesivos inútiles haciéndole cosquillas

y siendo la fuente donde van a comer polillas y polillas hasta trascender su propia existencia; ese jersey, que en su juventud se pensó pullover, pull, suéter y cárdigan, y que nunca tuvo aspiraciones de armadura; quién le iba a decir a él que saldría en todos los telediarios, que viviría en sus lanas un golpe de estado, que se llenaría de agujeros de bala, como si fuera un bandido y que pasaría a la historia de los jerséis y de los hombres como un héroe nacional.

Francisco López Serrano (Épila, Zaragoza)

Nacido en 1960, ha publicado los libros de relatos *El hígado de Shakespeare* (2000), *Dios es Otra* (2002) y *Los Hábitos del Azar* (2009) [Premio «Setenil» 2010], y las novelas *El país de la lluvia* (2004), *Retrato del asesino en prácticas* (2005), *El Prado de los Milagros* (2008), *El tiempo imaginario* (2014) y *Los Misterios* (2015). Es asimismo autor de siete libros de poemas publicados y de varias traducciones de poetas ingleses. A lo largo de su carrera ha obtenido numerosos premios como «José María de Pereda» y «Ciudad de Barbastro» de novela; «Generación del 27» de narrativa; «Ciudad de San Sebastián» o «Ignacio Aldecoa» de cuentos, y «Luis Cernuda» y «Blas de Otero» de poesía. También ha sido finalista de importantes premios como «Azorín» y «Jaén» de novela y «Torrente Ballester» de narrativa. Es colaborador habitual de las revistas literarias *Clarín* y *Turia* y del diario *Heraldo de Aragón*. Actualmente reside en Madrid.

MÉTODO INDIRECTO (Un cuento ruso)

A mi querido esposo Aleksandr Alexandrovich Kozlov (llamadlo Shasa) le encantan los prianiki, unas pastas de jengibre típicas del país. Así que el día de San Valentín preparé una enorme cesta de prianiki mezclando con la harina una buena cantidad de matarratas y se la llevé a Marina Onisimova Zhdánov, una antigua amiga con la que ya apenas tengo trato y que vive en el otro extremo del pueblo. Marina me dio las gracias por el regalo, tomamos el preceptivo té con mermelada, nos

reconciliamos, hablamos de los viejos tiempos y regresé a casa.

Al día siguiente se supo en el pueblo que tanto Marina Onisimova como su esposo, sus dos hijos y su suegra habían aparecido muertos.

Acudieron a la casa todos los familiares y vecinos quienes durante el velatorio hallaron la cesta con los prianiki sobrantes y comieron y bebieron vodka alegremente, tal como se hace en los funerales, y también estiraron la pata.

Murieron todos los asistentes excepto Tolkin Vadimovich Matvéyev, lejano pariente de mi antigua amiga Marina y a la sazón casado con Nadia Alexandrova, hermana de mi esposo. A Tolkin, como bien sé, no le gustan los prianiki por lo que no los probó, pero como su esposa los adora, para que no se perdieran cogió una buena cantidad de ellos, los envolvió en un papel de periódico y los llevó a casa. Allí comieron su esposa y sus hijos.

En estos momentos mi compungido esposo y yo nos dirigimos a casa del doliente Tolkin Vadimovich a darle el pésame y a asistir al velatorio de sus deudos. Sé que mi querido Shasa no podrá resistir la tentación de probar los prianiki sobrantes.

Juan Carlos Muñoz (Alcalá de Henares, Madrid)

ELOGIO DE LA DIMENSIÓN DIMINUTA. Es bien sabido que los japoneses pueden encerrar un universo en las veintipocas sílabas de una haiku. Mucho menos diestro, intentaré resumir mi biografía diciendo que empecé a escribir cuando cumplí los treinta años (no tenía nada mejor que hacer), y desde entonces llevo intentándolo con desigual fortuna. El tiempo dirá si hubiera sido más provechoso haber dedicado mi afán a otras actividades mejor remuneradas, como la papiroflexia o la numismática.

EL HOMBRE DE LA LINTERNA

Los peores eran los paracaidistas: a mitad de proyección se ponían a cantar, no había quién se enterase de nada. Aquellas películas de artes marciales no requerían excesiva concentración (todos los japoneses eran iguales), pero siempre había quien llamaba al acomodador, reclamando silencio. Aparecía precedido por su linterna, ese sable de luz de andar por casa. En otras salas eran más corpulentos, o llevaban más galones, y lo solucionaban echando a la calle a los alborotadores. Pero el del Cine Paz era flaco, no mucho más alto que yo, y eso que por entonces tenía dieciséis años. Se acercaba pausadamente a los paracas, les decía algo que no alcanzábamos a escuchar, se reían, y poco a poco iban callándose: una sábana de tranquilidad se extendía por la platea

mientras los japos seguían zurrándose. Otras veces eran los de los pueblos vecinos, que venían a buscar bronca (y a ver alguna peli de destape): el acomodador se arrimaba a ellos como quien no quiere la cosa, les contaba un chiste, les vacilaba un poco y aquí paz y después gloria. En todos los años que frecuenté aquella cueva llena de columnas y de butacas a medio disolver no hubo ni un solo incidente que no resolviera con mano izquierda aquel señor al que yo hubiera puesto sin duda a mediar entre árabes y judíos. Y si cuento esto es porque el otro día, y mira que han pasado años (ya solo voy a cines donde la única interrupción son los omnipresentes móviles), creí reconocer a aquel acomodador de mi adolescencia, sentado en un banco. Al principio dudé, el tiempo le había reducido aún más, y el pelo se le había vuelto de color ceniza. Pero cuando vi cómo engatusó a su perrito para que dejara de pelearse con un chihuahua me convencí: qué tío, no ha perdido maña.

Arturo Sánchez Velasco (Valencia)

CADA VIENTO BUSCA SUPARAGUAS

Cada viento busca su paraguas. Es una afición entre los vientos de todo el mundo, pero es una fijación entre los vientos atlánticos, especialmente.

Los vientos atlánticos coleccionan paraguas con cierto celo cleptómano. Se lanzan desde el océano tierra adentro sorteando edificios, combando tendedores y cables de electricidad. Pero lo que realmente buscan desde las alturas es a un viandante resguardado bajo la forma convexa de su paraguas. Localizado el objetivo, se lanzan en picado en vórtices endemoniados cuyo reflujó arrebató el codiciado fetiche de manos de su dueño.

Los vientos atlánticos guardan sus paraguas en los océanos. Dicen que mar adentro hay islas de paraguas flotando a la deriva en forma de bancos de nenúfares.

Jesús Tíscar Jandra (Santiago de la Ribera, Murcia)

Nació en Jaén en 1970. Escribe cuentos, novelas, artículos, guiones y obras teatrales. Su primer libro publicado es la novela corta *Vía Crucis (Relato de una noche perdida)*, al que le siguieron *Colección de impresentables*, *La Poetisa*, *12 cuentos con premio* y *La camarera que me escupía en los chupitos de whisky (y otros 15 relatos pellejos)*. Como dramaturgo ha estrenado la comedia *¿Sí o qué?*, el esperpento *La vida de Chomino*, el monólogo *A mí me jodió la vida una monologuista*, el musical *Coplas de amor y sangre* y la tragicomedia *Verracas*. Ejerce también de actor profesionalmente. En su currículum figuran más de 30 galardones literarios, entre los que cabe destacar el XXV Premio «Felipe Trigo» de novela, el IX Certamen de Relatos Cortos «Tierra de Monegros», el XV Certamen Literario «Villa de Colindres» y el XXXIII Premio de Narrativa «Antonio Porras» de Pozoblanco (Córdoba).

SIESTA

«A cabalguitas, hermoso, a cabalguitas», podría haber oído un tísico que deambulara por el caserón del señor médico a las cuatro de la tarde, cuando Loyola me tendía en totales cueros sobre la camilla y me aplicaba el fonendoscopio de su abuelo en la frente, sonriéndome como una adúltera flacucha, desviando sus ojos de mancebo hembrado hacia los visillos encendidos de julio, instante en que yo le alcanzaba con la vista la carne esculpida de su teta cónica por el escote ahuecado y pensaba que el pezón chico y rosa de

Loyola podría llegar a humear y a achicharrarse como las hojas de periódico que yo me entretenía en martirizar con una lupa al sol, hasta que caía en la cuenta espantada de que ella me estaba escuchando lo que pensaba y al momento me ponía a pensar en otra cosa, en mi trabajo en las cuadras, en que se avecinaba una guerra, en que mi madre se moría, «calla, hermoso mío, calla», pero yo no había abierto la boca y Loyola se reía del círculo que el fonendoscopio me dejaba en mitad de la frente, entonces se despojaba de prendas interiores que sonaban como la saliva al tragar, se subía a la camilla, a horcajadas puntillosas, delicadísimas, y desde allí me confesaba con la barbilla que en realidad no le hacía falta el aparato auscultador para averiguarme los pensamientos, «a cabalguitas, mi hermoso, a cabalguitas», susurraba Loyola cuando daba con mi tiesura, meciéndose muy despacio, muy despacio, muy despacio, la boca abierta hacia el techo en la mueca que uno pone cuando le duele el gozo.

Adriana Tursi (Buenos Aires, Argentina)

Egreso de la carrera de Dramaturgia de la Escuela Municipal de Arte Dramático de la ciudad de Buenos Aires. Como dramaturga tiene obras estrenadas, publicadas y traducidas a otros idiomas. Su primera novela *El ojo claro* obtuvo la primera mención a la producción literaria otorgada por el Fondo Nacional de las Artes. Sus relatos breves obtuvieron primeros premios y menciones especiales en diferentes certámenes.

EL VESTIDO DE NOVIA

El tallercito de costura de mi tía Nora no era más que un pequeño salón con piso de madera y paredes pintadas de verde agua. A través de la única puerta, que daba al patio, se filtraba durante el día un tímido rayo de luz. Adentro un puñado de mujeres solteras y silenciosas fijaban la mirada sobre sus labores. La Dotti, con el peso de su cuerpo sobre la plancha, sacaba esas últimas arrugas de una pechera forrada con percalina, donde unas perlititas color agua dibujaban un cielo de estrellas. A su espalda Tina, con su índice enfundado en un dedal, empujaba la aguja apresando los últimos hilos que intentaban escaparse del ruedo plisado. Frente a la máquina de coser, Mary apuraba sus tacos sobre el pedal, sujetando con sus manos la tela para acotar el recorrido de las puntadas.

Sobre una repisa, ahogado por unos carreteles de hilos de variados colores, el reloj marcaba la hora exacta. La tarea terminada las convocó a levantar la mirada: en el centro un vestido de novia terminado. Una vez más obviaron mirarse, y se ruborizaron porque pese al silencio, la plancha caliente y la puntada acotada, los sueños nunca llegaban a sujetarse del todo.

RESTANTES FINALISTAS
(Por orden alfabético de apellidos)

Y NO HUBO NADA

Alberto Asensi Vendrell (Algemesí, Valencia)

La luz del primer domingo de la primavera entraba a raudales por los dos ventanales del salón. El sol aún no había aparecido por ese lado del edificio, pero el azul del cielo y el verde del jardín se fundían con el blanco de los muebles de la estancia. Del televisor surgía, con un volumen inusualmente alto, el adagio para violín, piano y orquesta de cuerda de Simarro. El crío jugaba, más que pintaba, con un montón de lapiceros y ceras, sobre la mesa de centro.

El hombre hacía varias horas que andaba levantado. Solía desvelarse mucho antes de que amaneciera. Y en los últimos días su angustia se había reproducido de tal forma que amenazaba con estallar y destrozar lo poco que quedaba de su vida. Y esa música, y esa luz, y la seguridad de que ese día sería otro día más sin pena ni gloria, y sus recuerdos (ella), y su imaginación (ella, ella, ella), todo se mezcló e hizo inevitable la explosión.

—Hace cinco años que amo a otra mujer —creyó que gritaba, pero solo fue un susurro.

Y la mujer, no la otra, que tomaba el desayuno a un metro y medio de distancia, exclamó:

—Qué música tan bonita, ¿eh, cariño? —y el niño levantó la cabeza hacia la pantalla.

Y el hombre lloró. En silencio, pero tan amargo como jamás lo había hecho.

MENDIGO

Dilia Cristina Balestrini Policastro (Madrid)

Tu mano abierta me asusta porque me recuerda
que todo es efímero, empezando por mí.

CRISIS

J. L. Baños Vegas (Salamanca)

La maldita crisis está cambiando nuestras costumbres más arraigadas. Incluso las palabras, que tan cariñosamente nos dirigíamos en nuestra luna de miel, han sufrido un severo recorte. Por eso ahora solo parecemos dos mimos que se miman.

SUPERSTICIONES

Roberto de Bianchetti (Buenos Aires, Argentina)

El espejo se soltó y cayó rompiéndose en mil espejos. Decidí quedarme con media barba crecida, llegaba tarde al trabajo. Esta vez no iban a perdonarme. Antes de salir, miré el desorden de la casa. La mesa aún con los restos de la cena, la botella de vino sin tapar, cosas que tendría que haber guardado en el refrigerador, el mantel sucio, el salero volcado y la sal derramada. Ni siquiera cerré el paraguas que había dejado secando por la noche junto a la puerta. Patiné con el agua que había chorreado. Mascullé una blasfemia y me fui. El ascensor siguió de largo como si no me hubiera escuchado, bajé corriendo los cinco pisos. Aquella mañana comenzaban a restaurar la fachada del edificio. Pasé por debajo de la escalera del pintor en el momento en que una gota de esmalte para exteriores se despegaba del pincel. El obrero ni se enteró. Corrí hacia la parada del autobús, la número 13, luciendo en el hombro el amarillo limón que el consorcio había elegido para la pared. Me tropecé con un gato negro que se cruzó en mi camino. Mientras volvía a pararme, vi que el autobús arrancaba sin mí. Por alcanzarlo y no mirar, hundi el pie en un charco que había dejado la tormenta. Me apoyé en un

árbol para desagotar el zapato. Quizá por considerar desatinada una asimetría entre las mangas del saco, una paloma corrigió la imperfección. Ni tiempo de limpiarla, mejor apurarme. Corrí. Fue cuando al dar vuelta la esquina me encontré cara a cara con vos, casi nos chocamos (¿qué habrás pensado de este loco?). Estabas a medio maquillar, con los zapatos de tacos mojados, una manga de tu vestido manchada y la otra pintada de no sé qué. También corrías. Nos miramos azorados, sin saber qué hacer, pero ambos sonreímos. Entonces, me dije: «hoy es mi día de suerte».

TALISMANES

Pilar Blázquez (Madrid)

Recuerdo la bicicleta que tuvo mi padre de joven, la que le quitó el muchacho que se mató con ella en una de las curvas que horadan la montaña donde culmina el pueblo. Le escuché contárnoslo infinidad de veces. «El pobre chaval —decía—, que quizá bajara la carretera creyéndose el gran Julián Berrendero, no pudo esquivar la fatalidad y chocó contra el autocar de línea en la curva más cerrada del puerto». Mi padre perdió la bici que aún pagaba a plazos, «nada comparado —añadía—, con lo que perdió el chico». Luego explicaba que se enteró de que se la habían robado cuando los guardias la subieron al pueblo y, de casualidad, tomándose un chato de vino en casa Magras, vio el amasijo de hierros apoyado en el murete de la plaza. La reconoció por el lazo rojo que aguantó el accidente atado al manillar, el lazo que le regaló mamá como recuerdo del primer beso. «Entonces andábamos de novios —aclaraba—, y vuestra madre, que siempre ha sido un poco bruja, deshizo su coleta y rogó que me guardase la cinta en la cartera porque ahuyentaría la desgracia». Y en ese punto de la historia me encantaba escucharle que él prefirió anudarla en su bici como un talismán protector, igual que el

chófer del autobús llevaba un San Cristóbal junto al volante o como la pata de conejo encontrada en un bolsillo del muchacho siniestrado.

Después, mi padre sentenciaba que no hay amuletos que valgan para librarnos del destino, de lo contrario, ¿por qué al chico no le protegió el suyo? Guardaba silencio unos segundos y la historia finalizaba siempre del mismo modo; él recomendándonos que había que alejarse de las supersticiones, y yo tratando de entender por qué entonces el lazo rojo que mamá le regaló, colgaba del retrovisor de nuestro coche aún cuando papá ya había cambiado tres veces de modelo.

EL PLAN

Marga de Cala (Sevilla)

—Son las once horas, un minuto y treinta segundos —susurró. Un tipo acaba de decirlo y si he podido escucharlo es buena señal. Me voy de aquí. No puedo con esta claustrofobia, esta oscuridad, esta humedad...

—¿Y nosotros? ¿Qué hacemos aquí mientras tanto?

—Tú espera a las once horas y seis minutos, y me sigues. Al calvete que te acompaña le dices que aguarde un poco más hasta que se sienta preparado. Con algo de suerte, los tres estaremos libres para el almuerzo.

—O.K. Ten cuidado al salir, hermano. Quizá vayan armados.

Y a las once horas y quince minutos exactos de aquel soleado domingo de mayo, «El Palanca» y su esposa pudieron abrazar finalmente a sus trillizos, según el plan previsto.

LA GOLONDRINA

Jaime Calatayud Ventura (Altafulla, Tarragona)

Era evidente que llevaba unas cuantas copas de más, y después del orgasmo se quedó adormilado, tendido boca abajo, mientras ella, fumando un cigarrillo recostada en el cabezal de la cama, le contemplaba. Por la edad, podría haber sido el padre al que nunca conoció.

Observó su mejilla macilenta, su cuello surcado, los hombros anchos y huesudos... y, a media espalda, en la parte derecha, descubrió una llamativa mancha marrón: como una pequeña golondrina volando en picado, con un preciso dibujo del contorno de la cabeza, las alas, la cola ahorquillada... Y se le quedó la vista atrapada allí, en aquella minuciosa estampa del pájaro que llega con la primavera —«El que le arrancó a Cristo las espinas de la corona», contaba la abuela—, durante un tiempo sin medida. Luego, se levantó y le despertó.

«Tienes que irte ya», le dijo. Él aceptó la indicación sin hacer ningún comentario. Se vistió, dejó el dinero sobre la mesilla, se despidió con un sucinto: «Adiós. Que te vaya bien» y se fue. Y ella se quedó plantada ante la ventana, a contraluz,

como la modelo de un pintor: desnuda; el cabello revuelto y caído sobre los hombros; las piernas, poderosas, unidas; a media espalda, en la parte derecha, la llamativa mancha marrón con la forma de una pequeña golondrina volando en picado. Al poco, le vio pasar, caminando despacio, atravesando la plaza entre una marejadilla gris de palomas, abatido, vacilante, extraviado...

Y le acuchillaron las mejillas un par de lágrimas recelosas y urentes, amargas como la hiel, morbosas como el azar y pesantes como el destino.

EL ESCULTOR DE MARFILES

Rafael Castillo Morales (Albacete)

Estuve en el dentista. Le insinué que para una muela no era necesario que me suministrara mucha anestesia, pero él insistió, «cuanto menos dolor, tanto mejor». No sé cuánto duró la intervención; me dio una palmadita, me quitó el babero y me dijo que todo había salido perfectamente. Y se dibujó una sonrisilla en su rostro. Quedé satisfecho con el resultado y me marché a casa. Por la noche apenas unos líquidos y un enjuague con un antiséptico. Pero otro día, cuando me dispuse a cepillarme la dentadura, presté más atención y distinguí algo en mis dientes, algo extraño, apenas imperceptible. Parecía como si se intuyera un templo, y más concretamente la fachada, apenas esbozada, pero lo suficiente para recelar que había sido trabajada expresamente. Llamé a un amigo. Usó una lupa para comprobar fehacientemente el caso. Un trabajo perfecto estaba realizado en mi boca: habían sido talladas líneas, surcos que iban perfilando un paisaje, en este caso, la entrada a un templo. Era algo delicado y magnífico, de una sensibilidad y manejo de los instrumentos admirable. Con el paso de los días asumí mi destino, pero me interesé en contactar con otros pacientes que habían sido

atendidos en la misma consulta. La mayoría nada quisieron saber, presos no sé de qué prejuicios; por fin, pude conectar con algunos; los invité a charlar en un bar, les pagué lo que consumieron, con la intención de ganarme su confianza; hablamos de cosas triviales...pero estaba muy atento a los movimientos de sus labios, a sus dientes, a atisbar cualquier mínima señal de haber sido trabajados. Unos tenían paisajes de montaña, campos de cereal; otro, instrumentos musicales que formaban una pequeña orquesta, y tan bien tallados, tan perfectamente realizados, que no se dibujaban, sino que, según la incidencia de la luz, se adivinaba lo allí creado. Era la obra casi secreta de un auténtico artista, yo diría de un genio, tal vez frustrado, o todo lo contrario: un escultor que quería dejar una huella indeleble en el umbral del tiempo.

ÉL TAMBIÉN LA QUERÍA

Javier Castrillo Salvador (Tarilonte de la Peña, Palencia)

Cuando el hombre camina hacia la bocana del puerto no sabe que en esta ciudad habrá plazas, institutos, casas, cafeterías y estatuas en su honor. Menos aún se imagina que al otro lado del mar que ahora se esparce por la bahía cartagenera, en aquel lugar de Berbería donde sufrió cautiverio durante cinco años también se alzan placas, calles y bustos en su nombre.

Allí, en el Monte Mustafá, junto a otra bahía, la de Argel, era diferente su mirada al Mediterráneo. Aquella vez sus ojos escudriñaban el norte, aquel lugar al otro lado del horizonte donde se alzaba una patria por la que, tras perder un brazo, entendía que pronto habría de entregar la vida. Desde el interior de una breve gruta, él, junto a otros trece cautivos, esperaba la llegada de un barco que nunca atracó. Hasta cuatro veces intentó poner alas a sus pies, velas de por medio: nunca lo consiguió. Siempre se declaró único responsable de cada intento de fuga, eximiendo a sus compañeros de penurias e infames torturas. Nadie se explica cómo pudo salvarse del empalamiento o la decapitación.

Ahora, con lágrimas que el viento de levante encaja en las marcadas arrugas de un rostro castigado por el dolor y el tiempo, piensa en ella, en Yaiza, la hija del gobernador Azán Bajá; la que un día le juró amor eterno en los jardines de la ciudad; la misma que le salvó de morir, aun sabiendo que había querido irse para siempre, cada vez que fallaba en una huida; la misteriosa mujer que entregó a Fray Juan Gil en el último momento, ya embarcado el reo rumbo a Constantinopla, los doscientos escudos de oro español que faltaban para pagar un rescate que lo alejaría por el resto de sus días... Él también la quería.

PURA LÓGICA

María Fraile (Marsella, Francia)

Juraría que he dejado al crío ahí, en su balancín, antes de empezar a pasar la aspiradora, luego ya no me acuerdo si lo moví o no. Todo me lleva a pensar que me he tragado al niño con el aspirador.

Pero eso es simple lógica, el sentido común me dice que es imposible que pase por ese tubo un balancín, por mucha potencia e ingeniería alemana que tenga el dichoso trasto. El armario de la limpieza está en silencio y el paquidermo, glorioso, hace su siesta con mi hijo dentro. Aprovecho la calma para abrirle el vientre y el maldito, primero escupe un abismo de polvo y luego me aspira como un espagueti a pesar de mis ochenta quilos. Me sorprendo de poder entrar sin problemas por el tubo pero ahora entiendo mejor lo del balancín; detrás de mi vienen los setenta metros cuadrados del pisito y el bloque, detrás el barrio y me imagino que todo lo demás porque yo, a estas alturas, veo todo oscuro. Todo me hace pensar que estoy en un agujero negro pero eso es pura lógica, el sentido común me dice que lo más probable es que esté dentro de la aspiradora.

DEPRISA

Rosendo Gallego Menárguez (Gandía, Valencia)

Andrés llegó al metro, bajó las escaleras corriendo y saltó el torniquete de control. Se lanzó por el pasillo como un velocista de cien metros. Al oír el fragor del tren que entraba en el andén, hizo un esprint final, sorteó a la vendedora de la ONCE y el puesto top-manta, dobló el recodo final y alcanzó a subirse en el último vagón justo cuando se cerraban las puertas. El único asiento libre lo acogió con franca complicidad. El convoy se puso en marcha adentrándose en la oscuridad. En aquel preciso momento, Andrés recordó que no tenía que ir a ninguna parte.

LA PÁGINA EN BLANCO

Rosendo Gallego Menárguez (Gandía, Valencia)

Le tenía yo manía a la página en blanco. ¡Cuántas veces me había atascado, desde que Dios amanece por los tejados, cuando intentaba escribir un relato! ¡Cuántas me había quedado in albis, o sea en blanco, ante la página en blanco, con el bolígrafo en ristre apuntando al techo —blanco—, preguntándome si aquello tenía algún sentido y si había algún modo de colorearlo! Hasta que un día, de la mano del alba, me iluminó un rayo de luz (dorada). La idea magistral.

Reuní todos los folios que había en la casa. Los dos paquetes y medio que reposaban en el escritorio. Los montones repartidos por los cajones. Los que dormían en el cantarano heredado de tía Cleta. Y los de la mesita coja de las guías telefónicas. Además, hice una incursión al cuarto de mi hermana, que solía robarme folios para sus apuntes, y recuperé los que escondía entre la fragancia de sus cosas íntimas. Acto seguido hice un montón con todo aquel papel blanco, una montaña blanca de papel que se me deslizaba por los lados como si tuviera vida propia; la metí en una bolsa del Corte Inglés de cuando me compré el traje marengo de Emidio Tucci, y bajé a la calle

desde el duodécimo piso, qué remedio, y menos mal que ya habían reparado el ascensor. En cuatro zancadas y dos leves traspiés me planté en la tercera esquina, donde estaba el contenedor «Sólo papel y cartón» más cercano. Con la rodilla izquierda airosamente levantada y apoyada en el depósito, fui echando dentro los folios en porciones de buen tamaño hasta que la bolsa blanquiverde quedó vacía. Respiré con profundidad y orgullo, feliz como un pecado por omisión.

Al regresar, entré en la librería del barrio, compré dos nuevos paquetes de folios (quinientos azules y quinientos amarillos) y me puse a la tarea.

PASO DE CEBRA

Juan Carlos García Calero (Majadahonda, Madrid)

Esa tarde se cruzó en un paso de cebra con Noelia, antigua compañera del instituto. Dudaron un segundo. ¿Pasarían de largo fingiendo sacar un pañuelo del bolsillo o girando a tiempo la cabeza para confirmar por quinta vez que los coches respetaban el semáforo? Nadie se lo reprocharía. Quince años dejan rastro suficiente en las caras para fingir que no hemos reconocido a alguien en el bullicio de la calle. O para tranquilizar las conciencias de quienes en menos de un segundo alcanzan un acuerdo silencioso de no remover historias del pasado por un inoportuno encuentro callejero.

La vida real es más fastidiosa que las redes sociales, donde la amistad puede mantenerse en conserva con solo felicitar el cumpleaños o dar cuatro «likes» entusiastas a las fotos colgadas por el otro. Ninguna necesidad de mostrar en directo el lote de arrugas acumuladas, la marcha de nuestra vida amorosa o nuestra situación laboral, tan alejada de los ideales compartidos con el otro en la juventud. La ley de la gravedad no solo tiene efectos en el físico.

Cuando la silueta verde dio el pistoletazo de salida a los viandantes de ambos lados, las espadas estaban en alto. Decisiones sin tomar. Ocho metros separaban dos vidas, quince años de ausencias. ¿Cuántos segundos se tarda en recorrer ocho metros, aun a paso deliberadamente lento? Tiempo escaso para armar un discurso que pueda parecer creíble sobre nuestra vida. Necesitamos más tiempo para justificar mentalmente nuestros fracasos que para vivirlos.

Entonces, cuando estaban a dos pasos, floreció la sonrisa de su amiga. Y en su interior alguien pulsó el encendido de las luces de navidad. Al instante cayeron las barreras falsas que crea el tiempo, la vergüenza, los temores, los complejos. Un efusivo abrazo fundió las imposturas, como la lava funde la cera. La amistad se apuntó una victoria. Y cuatro ojos se arrasaron en lágrimas.

KOJAK

Ana Belén García García (Telde, Las Palmas)

Dicen que han ingresado a la Kojak. A ver si la arreglan... ¡Qué tía más rara! Tan flaca, con esa cabeza enorme y los ojos saltones asomando debajo del pelo... Yo creo que son ganas de llamar la atención. Y lo consigue: esta mañana no se hablaba de otra cosa en clase. ¡Y eso que el sábado corté con Dani! Que si se la llevaron en ambulancia, que si tendrá anorexia, que si se reían de ella en las redes... ¡Ni que no tuviéramos otra cosa de qué preocuparnos!

Luego entró el tutor, se enteró y, ¡hala!, la tomó conmigo. Es que me odia. Se puso serio a hablar del *bullying* y no sé qué... ¡mirándome fijamente! Seguro que es por lo del mote. Ya le dije aquella vez que yo no le puse la Kojak. Solo dije que se parecía, por lo de la cabeza grande. Lo que pasa es que hizo gracia y todo el mundo se lo empezó a llamar.

Al llegar a casa se lo contado todo a mi madre. Dice que yo no tengo nada qué ver, que ya hablará con el tutor y que no tienen derecho a culparme, que eso serán sus padres... Tú por si acaso borra las fotos esas que mandamos, a ver si le va a pasar algo y nos van a colgar el marrón...

LA NIÑA QUE NO CONOCÍA A CAPERUCITA

Ana Belén García García (Telde, Las Palmas)

Érase una vez una niña que no conocía a Caperucita. Su abuelita no vivía en el bosque, ni estaba malita. Por eso era la abuelita quien le traía la merienda y, por eso, nunca podía dar paseos por el bosque, ni recoger flores, ni siquiera tuvo la oportunidad de conocer al lobo feroz. Cuando la abuelita llegaba a su casa, la sentaba frente a la televisión. Ella suspiraba y miraba por la ventana, a la playa tranquila donde faltaba ella, al mar recién planchado que la echaba de menos. Como cada tarde.

La niña sabía que antes de que anoheciera llegaría ella, oliendo a esencia de frutas tras la ducha del gimnasio, y haría revolotear besitos despistados en sus mejillas. Luego, él, con efluvios amargos de cerveza en el aliento, y la llamaría princesa sin mirarla. Entonces, los dos le volverían la espalda para discutir, muy preocupados, sobre su futuro.

ALLÍ

Sol García de Herreros (Madueño, Segovia)

Mientras me peino ya advierto su impaciencia, y en cuanto acabo de pintarme los labios veo cómo mi imagen sale corriendo por la derecha del espejo hacia quién sabe dónde. El resto del día no sé nada de ella: no me reflejo en ninguna superficie y me tengo que retocar el maquillaje a ciegas. Sólo antes de acostarme, cuando me lavo los dientes y me extiendo la crema de noche, aparece ella despeinada y presurosa, cansada pero alegre, y me sonrío al otro lado del espejo. Debería enfadarme, debería reprocharle tan poca formalidad y tan mal servicio, pero no lo hago en la esperanza de que algún día me lleve con ella allí, donde es feliz.

INFIDELIDAD

Sol García de Herreros (Madueño, Segovia)

Por el día escribía discursos para un político. Pasaba horas intentando llenar folios y folios de nada, disfrazando los tópicos cansados y las promesas descreídas de sí mismas, y a menudo sentía la culpabilidad de un adúltero que traiciona a su amor. Por eso por la noche escribía microrrelatos; para tener que contar las palabras, buscar las más precisas, elegir las, darles todo su poder y pedirles perdón.

PARAÍSO

Ignacio González Orozco (Barcelona)

Ayer soñé que mi abuelo y Rayo, su perro perdiguero, salían a cazar a la dehesa. Los vi con el buen aspecto de siempre, al viejo calzando sus botas de montaña, toscas pero fiables; el escopetón terciado, la boina calada y un pitillo siempre a medio consumir bailando de lado a lado de la boca. El can, bello flácido y mirada atenta, mantenía la misma atención inquieta de sus mejores días, antes de caer enfermo y morir, hace ya como dos años.

Raro es que mi abuelo se cansara tan pronto del trajín de la caza, pero en un sueño todo es posible. De repente se paró bajo la sombra de un acebuche y propuso al perro, como quien somete una ocurrencia al parecer del amigo, la feliz resolución de encaminarse hacia La Habana, su ciudad natal, donde pasó la niñez, su verdadera patria (vino de allí con diez años, pero un cúmulo de circunstancias adversas le había impedido regresar al lugar que más amaba: la ruina del pequeño capital acaudalado por mi bisabuelo, un trabajo humilde en el campo, las enfermedades padecidas, los avatares políticos de España y de Cuba...).

Y hacia La Habana, edén perdido, marchaban amo y perro en mi sueño tan contentos y animosos, porque no hay mar que pueda interponerse al poder de nuestra más incontrolable fantasía.

Supe así que mi abuelo había llegado al paraíso, antes de que el teléfono sacudiera la paz de la madrugada.

TAREAS PARA MAÑANA

José Luis Gotor Trillo (Málaga)

Apagar la radio a eso de las diez, no sea que me contamine el desayuno. Pasear al perro por la playa, para que me perdone el pisotón accidental de esta tarde. Ir a la farmacia con la boina puesta y la vergüenza curada de espantos para comprar el champú anti-caída. Recuperar la dignidad propia y la admiración por el ser humano entre los pasillos de la librería de Sebastián. Si no queda otro remedio, gastar los apios en el almuerzo. Cuando empiece a caer la tarde, ignorar el hiato y comprar la mejor botella de vino del supermercado. Esperar que Julia vuelva de la sesión de quimio, y narrarle entre brindis todas las formas en que la llevo queriendo desde hace casi treinta y cuatro años.

UN VIRTUOSO

Miguel Ibáñez de la Cuesta (Santander)

El hombre que se arrancó el corazón lo tiró a lo más hondo del bosque. Allí el corazón se fue cubriendo de tierra y de hierbas salvajes. Las lluvias y el sol lo hicieron germinar, y con el tiempo creció un árbol de corazones. Daba un fruto un poco agrio, pero brillante y llamativo para los pájaros, que se posaban en las ramas y cantaban, y a veces picoteaban un poco aquellas extrañas manzanas que latían.

Mientras, el hombre sin corazón escribía poemas de amor. Formalmente perfectos.

UNTAR LA MANTEQUILLA A TRAVÉS DEL INVITADO

Miguel Ibáñez de la Cuesta (Santander)

El otoño ha llegado sin grandes alardes, con pin-celadas de lluvia en la ventana y un viento un poco más fresco, y frutos en la higuera y una luz lánguida y anaranjada por las tardes, y un señor que dice llamarse José Alfredo, al que no conocíamos de nada, pero que apareció sentado en la cocina y desde entonces vive con nosotros.

En realidad, vivir es un verbo que sólo de forma incierta y hasta inexacta se puede predicar de José Alfredo. Pero da igual: acabaremos cogiéndole cariño.

EL DECRETO

Roberto Jusmet Cassi (Barcelona)

Érase una vez un país sumido en una profunda crisis económica. Sus habitantes, cuando llegó la fecha de las elecciones generales, en la firme esperanza de que el futuro presidente los sacara de aquella angustiosa situación, votaron casi todos a favor del mismo candidato, por lo que éste salió elegido por amplia mayoría. El nuevo presidente, reunido con sus ministros, pasó muchísimas horas buscando una sabia solución que remontara la atroz economía del país; pero fue en vano, no la encontró, por lo que, ni corto ni perezoso, decidió, a través de un sorteo justo, sacrificar a diez mil desempleados del país. Los ciudadanos, indignados, dijeron que recurrirían, que ello no era posible, que atentaba contra la Constitución. «Pues es verdad», musitó el presidente. Entonces, con la ayuda de expertos sociólogos y los consejos de un asesor de gobierno, decretó convertir en lanudos y mansos corderos a los desafortunados diez mil desempleados que habían resultado elegidos en el sorteo.

ACUARIO

María Martín Hiniesto (Parla, Madrid)

Lunes, las 8 y media. Misma hora, misma estación, mismo tren. Mateo sube al vagón, se sienta en el asiento libre y, como todos los días, abre el periódico. Ha dejado pasar dos trenes por ver a Lucía, como cada día. Ella respira hondo, para percibir su perfume. El chico de sus sueños se ha sentado a su lado un día más. Él disimula pasando la página del periódico. Programación. Pasa página. Horóscopo. Arrastra su dedo por toda la hoja y se detiene en Acuario. «Alguien muy cercano espera tu sonrisa». Lucía llega a su estación de destino, deseando entrar en la redacción para escribir el horóscopo del martes.

CUÁNTA RAZÓN TENÍA MADRE
Marta Martín Morales (Miajadas, Cáceres)

Y allí, parado frente aquellas dos obras de arte, mirando La Maja Vestida primero y La Maja Desnuda después, no pude evitar recordar las palabras de madre:

—Cúidate, hijo mío, de las mujeres de doble moral.

Y allí, embelesado frente al Jardín de las Delicias del Bosco, recordé las palabras de madre:

—Cena ligero, hijo mío, o tendrás pesadillas.

Y allí, deleitándome ante la jovialidad de Las Tres Gracias de Rubens, recordé (una vez más) las palabras de madre:

—Abrígate si sales, hijo mío.

Y NO HABÍA NADIE...

Xavier Mas Craviotto (Navàs, Barcelona)

Un día decidí ser feliz. Para ello, creí que lo mejor sería desprenderme de aquellas personas que, alguna vez en su vida, me han traicionado. También alejé de mí aquellas que, un día u otro, me vituperaron, me criticaron o me insultaron. También aquella gente que alguna vez me ha hecho daño, aunque no fuesen conscientes de ello. Decidí además deshacerme de aquellas personas que me han mentido, aquellas que me han perjudicado de un u otro modo y aquellas que se han reído de mí alguna que otra vez. También creí que era mejor alejar de mi vida aquella gente que desaprobó mis acciones o me reprochó actos del pasado y, ya, puestos a cortar relaciones con aquellos que alguna vez han hecho que mi vida fuese un poco peor, también me alejé de las personas con quienes alguna vez me he peleado o discutido. Aparté de mí la gente mezquina, hipócrita, interesada, zafia y ruin. Me alejé de la gente grosera, tosca, arisca, ególatra y codiciosa. Y, entonces, miré a mi alrededor, pero no había nadie.

UN ERROR EN EL UNIVERSO

Constantino Merino Tinoco (Badajoz)

Y, al séptimo día, despertó, abrió los ojos, quiso recordar pero se sentía mareado, confuso...y la boca sin saliva, pastosa, como de haber pasado la noche entre pesadillas. Cuando se levantó, su pijama, blanco impoluto, parecía emitir un halo de fosforescencias con las que se podían vislumbrar unos cortinajes celestes que rodeaban toda la estancia. Se dirigió hacia ellos y los recorrió por completo. Todo el universo se abrió ante sus ojos. Su rostro podía verse iluminado por los destellos lejanos de las estrellas y por el ego satisfecho de aquel que ha hecho bien su trabajo. Paseaba al derredor de su aposento escudriñando la perfección de su obra, cuando, de pronto, se paró y sus ojos se clavaron en un punto azul perdido entre las estrellas. Se llevó la mano a la barbilla, frunció el ceño y exclamó: «¡Ese punto no debería de estar ahí!». Luego apretó los músculos de la cara, entrecerró los párpados como un miope y enfocó la diminuta bola como pudiera haberlo hecho con un gigantesco catalejo. Podía ver: los océanos y los mares; los desiertos, los continentes y toda la flora y la fauna. Pero su rostro palideció cuando se detuvo a observar detenidamente un gran jardín.

Allí, entre la arboleda, correteaban una pareja de seres desnudos que tenían su misma apariencia, que reían y se hacían carantoñas. En ese instante se volvió, se llevó las manos a la cabeza y grito:

« ¡Dios mío de mi vida, pero que es lo que he hecho este sábado! ».

BAR OLVIDO

Marina de Miguel Arrivi (Madrid)

«Bar Olvido, calle de los Desamparados sin número», reza la tarjeta que sostiene en la mano izquierda. Mientras apura el primer café de la mañana –o el último de la noche, quién sabe– intenta recordar todo lo ocurrido. Imposible. De camino al trabajo, se tranquiliza pensando que, con acercarse más tarde a aquella dirección, recuperará la memoria. Con las prisas y el susto no leyó la letra pequeña de la cartulina: «Acceso libre, sin invitación o reservas. No queremos ni podremos acordarnos. Será tratado siempre como la primera vez».

AFUERA

Juan de Molina (Ubrique, Cádiz)

Amanda corta cebollas en finas rodajas, como a él le gusta: un prado de cebollas circulares bajo los huevos fritos, un poco al dente, con cuidado de que no se quemen, más bien pochadas. Se lo tiene advertido. « ¿Cuántas veces te lo tengo que repetir para que me entiendas?» Tarquino es así, contundente, no se anda por las ramas. Su voz cavernosa, sus palabras como sílex afilados no dejan lugar a la duda. « ¿Qué parte de no-las-quiero-quemadas no has entendido?» Mira por la ventana el cielo de junio, la punta de los cerros que el ocaso amarillea, el ámbar de la tarde resistiéndose a la derrota, la naturaleza toda conjurándose contra ella, la belleza ahí afuera, inalcanzable, arrastrándola a la melancolía. Dentro de poco oirá la llave en la cerradura. Parece que lo está viendo. Él se acercará por detrás y la ceñirá por la cintura. Ella se mantendrá firme, sobreco-gida de espanto. Él le girará la cara tirándole de la barbilla. « ¿Por qué lloras?» —preguntará, con el fastidio enredado en el vidrio roto de sus palabras. Y ella contestará —la voz con el mismo temblor que la mano que prende el cuchillo—: «son las cebollas».

GUSTAVO

Julio Montesinos Barrios (Santander)

Gustavo siempre fue un tipo extraño. Gris, introvertido, henchido de secretos que no importaban a nadie... Tibia sonrisa bajo mirada aviesa. Alguien al que olvidar de no ser por su peculiar don. Durante años nadie consiguió eludir aquel poder en las entrevistas de trabajo que realizaban con Gustavo. Fuera gallegos, andaluces, vascos, extremeños, catalanes o madrileños, tras salir de la entrevista sus acentos se diluían en el aire hasta mutar en una entonación esterilizada y neutra de tinte anodino. Los originales anidaban ya en el alma de Gustavo, autor del latrocinio, quien los regurgitaba momentos más tarde, como un mantra enfermizo, en una orgía de sentencias y expresiones coloquiales que retumbaban con fuerza en las paredes de su despacho. El resto de la oficina lo escuchábamos en silencio, inquietos, temerosos de aquellas pláticas solitarias con acentos diversos. Sus víctimas, huérfanas entonces de una referencia innata, tornaban a sus hogares con la esencia cercenada y convertidas en parias en su propia tierra. Hasta que un día ocurrió. Lo recuerdo bien. Fue después de una entrevista para un puesto de operario de mantenimiento en una fábrica. Un hombre salió del despacho, golpeando

exaltado la puerta e indicándonos con la mano que fuéramos hasta allí. Cuando llegamos, Gustavo yacía inerte, derramado sobre el sillón de su despacho y el rostro esbozado en una caricaturesca expresión de terror. Al preguntarle al hombre por lo que había ocurrido, con apenas unos gestos nos lo dejó claro. Era sordomudo.

EL POSTRER LATIDO BRILLANTE

Ginés Mulero Caparrós (Viladecans, Barcelona)

El artesano viejo quiere relanzar su amor. Sentado y pensativo sobre las tejas frías mira en lontananza el amanecer. Vespertino, cacarea un capón enlatado. Huele a heno, a pueblo, también a pantano. El artesano sabe, *en carne propia*, de la incipiente viudez de la Juana, y quiere deslumbrarla. Silencioso, baja al taller, y al torno domestica el cieno salvaje. Pisando el pedal hunde las manos mojadas en la arcilla húmeda. Modela un corazón perfecto dejando hueco su interior. Sin limpiarse las manos se arranca de cuajo el suyo, lo introduce dentro del *souvenir*, colocando entrambos algo simbólico que cubre con más fango. Barroco, rellena el agujero en medio de su pecho con la artesanía y se coloca de nuevo el traje/mortaja. Cuando Juana abra el féretro, verá el corazón de barro y cómo, con el postrer latido, sobresaldrá visceral y apasionado, del cieno fresco, un diamante engarzado en un anillo.

EL AZAR

María Muñoz Prados (Hinojosa del Duque, Córdoba)

Lanzó una moneda al aire para tomar la decisión
y le robaron la moneda.

AMANTE DEL ARTE

Alejandro Paredero Pérez (Casillas, Murcia)

Se levantó dispuesta a dar el paso. Su pequeño y ella merecían algo mejor. Aquel hombre nada tenía que ver con el joven estudiante de arte del que se enamoró perdidamente. Comenzó con pequeños fetichismos en sus momentos más íntimos haciéndola posar cual su maja particular, sin hacer otra cosa que observarla. Disfraces del matrimonio Arnolfini, poco antes de dar a luz, y otras vestimentas derivaron después en pinturas a base de pigmentos naturales con bisontes y escenas de caza por las inmaculadas paredes del comedor. Sus pequeñas locuras fueron evolucionando. Colgaba relojes de las ramas de los árboles del jardín o se pasaba horas gritando con el rostro deformado entre sus manos.

Sus intentos de comunicarse con él eran en vano, y mientras ella intentaba hacerlo entrar en razón, él la miraba absorto con la mano en el pecho. La situación empeoró cuando la semana anterior, al volver a casa, se encontró sobre la mesa una carnicería a base de trozos de toro y caballo, alumbrados bajo una lúgubre bombilla, y al ir a buscar al culpable de aquella escena atroz, lo encontrase mirándose frente al espejo con una oreja cerce-

nada. Había pasado de la preocupación al miedo constante, y no podía demorar más la decisión.

El pesado silencio mientras bajaba las escaleras le hizo presagiar lo peor, y al llegar abajo lo contempló desnudo, deforme y con la boca llena de sangre. Movida por el instinto y sin pararse a contemplar lo que sostenía entre las manos se fue directa a por su pequeño para salir de allí lo antes posible, pero la cuna, por supuesto, estaba vacía.

CORRED, CORRED, MALDITOS

Miguel Paz Cabanas (León)

¿Por qué me miráis así? También a mí me han convocado en el corazón de la noche, con urgencia, sin avisar, de modo fulminante. Estaba durmiendo plácidamente cuando tocaron la campana. ¡Salid, salid!, gritaron y todos, sin excepción, echamos a correr. Algunos, los más torpes, se quedaron atrás; yo casi me parto el cráneo poniéndome los pantalones.

Admito que fue extraño verse rodeado de tanta gente —como los mellizos chinos—, pero no era cuestión de vacilar. Desde luego no tenía pinta de ser un simulacro y así lo reflejaban las caras: incluso los más viejos, los que siempre se quejan y rezongan, compartían la tensión.

Por eso, francamente, me decepcionó vuestra actitud: parecíais, allí congregados, un batallón de cobardes. Había que oír vuestros lamentos, las excusas que esgrimíais para no seguir, que si la succión, que si la penumbra, que si los guardias enérgicos y feroces. Realmente daba náuseas escucharlos. Sabéis de sobra cuándo y cómo debemos proceder: yo no pienso facilitar las cosas al de los ojos azules, y ya puestos, tampoco al del

pelo rizado. Y diré más: repudiaré a quien no sea de mi raza, mi credo y mi equipo de fútbol. Comprendedlo, amigos, quien diseñó esta ruta no estaba para sutilezas, pensaba solo en un sacrificio veloz y monstruoso. Y, por supuesto, en un único vencedor. Al fin y al cabo, ese ha sido siempre nuestro lema: «Uno es suficiente, dos son muchos, tres multitud».

Así que dejados de pamplinas y vayamos directos al óvulo.

Y, llegados a ese punto, que Dios reparta suerte...

1 + 1 = 317

Itziar Pérez Asurmendi y Víctor Claudín
(Collado Mediano, Madrid)

Cuatro cifras, un 9 autosuficiente, luego, lejos, un 3, un 1 y un 7 formando un trío desacompasado. Del 9 al 317 cabe una cantidad indefinida de misterios, o tal vez uno solo, deseable.

Tras una ocurrencia genial alguien señala a un dinosaurio en el nueve.

Cavilo sobre una fecha, el treinta y uno de julio, y examino los hitos que la marcaron.

1498: Colón llega a isla Trinidad y se inauguran nuevos horizontes.

1908: Se firma el contrato para la construcción del Titanic, augurando muerte.

2008: La NASA anuncia el descubrimiento de agua en Marte, quien sabe si allí tendremos refugio.

2015: Blue Moon, la luna azul crea noches de magia.

¿Fue el dinosaurio otro hecho en el calendario?
¿Me hago ilusiones al pensar que 317 es más que

centenas, decenas y unidades? ¿Es un código fantasma? Permanece inédita la relación que los liga y me pregunto si alguna distancia las separa. ¿Tal vez una vida entera?, ¿su manera de entenderla? Su vínculo puede ser el capricho de una mente ingeniosa.

Me han obsesionado estos dígitos, los querría míos.

Pensé que los mejores enigmas son los que se mantienen ocultos, pero este me enloquece. Llevo días sin comer y apenas reposo cuando corresponde.

Desde que conocí la convocatoria del Manuel J. Peláez, mis neuronas han multiplicado su actividad, sin parar de buscar las razones de toda creación. El arcano alimentaba mis células nerviosas y escribí, escribí hasta desfallecer. Mareado, con folios rellenos de sensaciones, imágenes, y sentimientos, cierro los ojos vidriosos y me pierdo en las brumas que nublan la cordura.

Zafra se escribe con letras de Feria en mi intención.

Lo confieso: todas estas palabras extraviadas solo buscan un fin, unos labios que desvelen lo que no soy capaz de descubrir. Y descanso.

No tengo más que decir, creo, ni yo tampoco. Salvo que faltaban 8 y aquí las cumplimos.

TIMIDEZ

María Posadillo Marín (Alhaurín de la Torre, Málaga)

El verano invita a mi vecino noctámbulo a contemplar las estrellas. Cada noche, abandona su buhardilla, escala por el tejado y se sienta allí como un gato callejero. Mientras yo estudio en mi dormitorio, él observa la luna. Hace unos días me descubrió y dejó de mirar el cielo para hacerme compañía en silencio. Desde entonces, acudimos puntuales a nuestra cita imaginaria. Nos sonreímos en la distancia, y una conexión invisible llena de palabras el espacio que nos separa. Aún bajamos la mirada cuando nos cruzamos por la calle porque, aunque la altura nos da alas, ninguno se atreve a saltar.

DESNUDA

Rita Rodríguez (Barcelona)

El despecho le dejó el corazón a la intemperie.

DISTRACCIONES

Marcelo Rodríguez Cachi (Canelones, Uruguay)

Justo en el momento en que estiró los brazos recordó que no había comprado desodorante. ¡Qué torpeza la mía!, se reprochó Roberto. ¡Siempre el mismo distraído! Imaginó que en un rato, después de ducharse no tendría desodorante que ponerse. Se sintió incómodo con eso. De pronto, reparó en que sus manos no habían apretado las de su compañero. Por eso, Nicolás se alejaba vertiginosamente con los brazos extendidos, las palmas de las manos abiertas y con un gesto de horror en el rostro. Nuevamente, Roberto se lamentó por ser tan distraído mientras lo miraba alejarse, cayendo a la arena del circo. Ahora, además del desodorante tendría que comprar flores, pensó todavía columpiándose en el trapecio.

PERRO GRANDE

César Romero (Sevilla)

Para Inma Ceballos

Un amigo policía le mandó un correo interno que describía los símbolos, a bolígrafo o con un punzón, dejados por los ladrones en las puertas de casas y pisos para señalar objetivos o informar a sus compinches. Un rombo: casa desocupada. Un triángulo equilátero: mujer sola. Una equis: buen objetivo. Una raya horizontal con dos semicírculos arriba: niños solos por la mañana. Con los semicírculos por debajo, solos por la tarde. Y así hasta veintidós marcas. Mientras hacían las maletas para las vacaciones lo comentó con su esposa. « ¿Y si pintamos uno de esos simbolitos? Lo mismo los cacos pican y pasan de largo y nos ahorramos un disgusto», dejó caer. Ella lo miró extrañada. Los histéricos del 3º B habían puesto una pegatina amarilla y negra de una empresa de seguridad avisando de la alarma conectada a la policía, aunque carecían de alarma. « ¿Dejamos un círculo con un aspa dentro, “no es interesante”?»: me iría más tranquilo». Al final, ante la desidia de su esposa, que lo miraba con cara de «Haz lo que quieras, me tienes desesperada con tus tonterías», cogió un punzón y dibujó en el marco de la entrada una escalera tumbada: perro grande. Y se sonrió: odiaba los perros, jamás habían tenido uno.

A la vuelta encontraron la puerta abierta, con el enorme bocado del hierro que había hecho palanca en el quicio. «Parece que hemos tenido visita», dijo ella. «Pese a todo», añadió con cierta sorna. Él, con gesto resignado, levantó los hombros y empujó la puerta, algo descolgada. Un enorme perro se abalanzó súbitamente, lo derribó y siguió atacándolo a dentelladas. Ella, inmóvil, quiso gritar, pedir ayuda, llorar. Pero, con una quietud pasmosa, se sorprendió dilucidando si el vértice del triángulo que simbolizaba mujer sola apuntaba hacia arriba o hacia abajo.

PERSPECTIVA

Arnaldo Rosas (Caracas, Venezuela)

Desde este ángulo de la plaza veo pasar los trenes como si cruzaran por entre los chorros de la fuente. El agua cubre el techo de los vagones, humedece las paredes de metal y se mete a raudales por las ventanas abiertas. Nunca falta la mujer, el ejecutivo, el viajero casual que, desde sus asientos, a través de los cristales, enjugándose las frentes, intentando secarse las ropas con pañuelos inútiles, me miran con rabia atávica. ¡Ni que yo tuviera la culpa de que se hubiesen mojado!

EN LA COCINA

María Pilar Royo Martín (Zaragoza)

La Señora Cuchara y el Señor Tenedor se aman. Su amor es complicado. Un plato siempre se interpone entre ambos. Pero aprovechan los momentos en que nadie los ve para bailar la música que suena en la vieja radio de la cocina y se agarran de la cintura y giran a ritmo de bolero sobre el mantel de cuadros desgastados.

La Señora Cuchara y el Señor Tenedor sueñan que se encuentran en un Restaurante de cinco estrellas de la Quinta Avenida, con servilletas de hilo y copas de cristal fino. Entonces, el pitido de la olla los despierta.

La sopa está ya lista.

LA RAZÓN DE UNA SONRISA

Alberto Salazar Gutiérrez (La Habana, Cuba)

Fue un esbozo de sonrisa, un leve suspiro de alivio, una sutil descarga del espíritu, pero a Da Vinci nada se le escapaba. «Me pilló. Me miró justo cuando sonreía y de seguro adivinó la causa», temió la Gioconda.

Sus temores eran fundados. La aguzada pupila del Maestro había atrapado el instante fugaz en que sus labios apenas se habían curvado en una expresión clandestina de complacencia y contrición, de recato e impudor, de sosiego y zozobra, de alivio y malestar, de gozo y desolación... Y la mano del genial florentino, dócil al ojo, llevó al lienzo la más enigmática sonrisa que jamás se ha visto ni verá.

Pero solo en parte tenía fundamento la presunción de la *signora* Lisa Gherardini: si al pintor le había bastado un fugaz segundo para captar el refrenado retozo de su boca, ni ese día ni jamás en su vida pudo desentrañar la causa de aquella insondable sonrisa.

Esa noche, al asentar el suceso en su diario, la Mona Lisa resumió en unas pocas líneas el secreto mejor guardado de la historia del Arte. Y puesto que un diario es como un confesor, no tuvo reparos en escribir: «Todo habría sido perfecto de no ser porque el señor Leonardo me sorprendió sonriendo de una manera muy especial. Confío en que no haya adivinado que fue porque se me escapó un pedo».

LA TELA DE ARAÑA

Elia Salinero Ontoso (Aranda de Duero, Burgos)

Pequeña. Pequeña e insignificante. Tan débil que todo le causaba daño. Quiso protegerse del mundo y del dolor. Un día empezó a tejer, a crear un entramado fino, delicado y complejo que sustentara su vida. Cada día bueno, esos en los que el sol brillaba y todo parecía fácil, tejía una recta cadeneta. Cada día malo, sin fuerzas para tejer pero sin querer olvidar, ataba un sólido nudo. Poco a poco creó ese frágil hogar. El fino hilo, incapaz por sí solo de sujetar ni proteger a nada ni nadie, se transformó en una fortaleza con el paso de los días, los buenos y sobre todo los malos. Cuanto más tejía, más fuerte se hacía.

A finales de primavera llegó el peor de los días. Había sido un mes tranquilo con tiempo seco y soleado. A media tarde comenzó a soplar una leve brisa, agradable y fresca, que vino a limpiar el pesado aire. Poco a poco, la brisa devino en viento y en menos de una hora se transformó en un vendaval. El preludio de una gran tempestad que todo lo arrasó. La telaraña se meció con el vaivén del viento y el temporal. Se tensó y encogió a cada envite. Giró sobre sí misma, retorciéndose en imposibles torsiones. Hubo momentos en los que estuvo a punto de rasgarse. Pero aguantó.

Cuando salió de nuevo el sol, cuando la luz hizo visibles los destrozos, miró a su alrededor. El espejo del dormitorio le devolvió la imagen de una mujer pequeña. Pequeña y poderosa. Tan fuerte, que ni el peor de los huracanes, pudo con ella. Sonrió. Había sobrevivido.

IDIOMA

José Joaquín Schez García (Don Benito, Badajoz)

Me paró en la calle. Hablaba de cosas infernales.

Desagüe. Velocidad. Factura. Gasolina. Lo metálico.

Le miré como quien suplica por su vida. Tubo. Alquitrán. Hipoteca. Nivel.

Pero no hubo clemencia, y el verdugo levantó el hacha y asestó su golpe de fontanería. Formula-rio. Montura. Calidades. Rebajas.

Decir algo, escribía Joyce.

En casa, proscrito al fin, atornillé de nuevo mi cabeza para seguir no siendo.

Y devolví mi testuz al tronco, huido ya de palabras que huelen a manos.

Un trabajo de ingeniería.

HACIENDO LA CALLE

Ramón Sánchez García (Águilas, Murcia)

Nueve más nueve en la sala de espera; conmigo diecinueve; un total de veintiún allegados entre sí contando al inminente y la progenitora. Nueve ramos de flores distintos con distintas flores; yo apporto dos docenas de bombones en un envoltorio con forma de corazón y una cinta roja anudada elegantemente: una cursilería que se comerán los infantes golosos. Nueve hijos de nueve padres en la confianza de un nuevo hermano materno: un barullo de parentelas; yo los llamo hijos bisiestos y hermanos bisiestos aunque no tenga nada que ver la palabra; pronto una decenita nacida del amor sin exigencias de la madre: partos cada dos años del dos al dieciocho; cumplidos; el mayor con suficiencia para ser causa del menor si no les uniera la consanguinidad. La mujer ejerce de coneja a los cuarenta, diez vástagos en dos décadas, todos enteritos, todos varones; ni más ni menos; sin poner freno posibilidades de once, incluso la docena antes del climaterio extintor. Nueve padres que son uno más en perspectiva, o en vísperas; padres de un solo hijo, curioso. Sin vínculos maritales en los intervalos ni obligaciones contractuales: únicamente el apellido del retoño y su cuidado futuro. Multitud de interro-

gantes con respuesta asumida ignorada; mejor no preguntar; un galimatías. Tribu de desconocidos unidos: yo soy, tú eres, él, nosotros, vosotros y ellos; él no, ellos tampoco. Buen recuerdo de todos con la matriarca decimal; nueve felicitaciones veteranas y otras seis en réplica porque los últimos no saben de qué va la cosa y miran extraños a los que conocen de otras citas en circunstancia semejante para agregar otro miembro a una familia numerosa que no ejerce porque madre no hay más que una y a vosotros, a mí, nos encontró en la calle. Y yo, nosotros, vosotros, la encontramos haciendo la calle.

EL MISMO CUENTO DE SIEMPRE

Alejandro Tercero González (Santa Ana, Albacete)

Cada mañana me pregunto si, cuando pasas por aquella esquina y me miras con disimulo sentado en la parada del bus, sabes quién soy. Si te acuerdas de mí.

Yo hace tiempo que no soy el mismo. Dos décadas y un año más viejo. También he dejado atrás mis días de valiente y confiado seductor. Soy menos lunático. Menos lobo.

Y tú... ¡Dios, estás tan cambiada...! Sin tu inocente pelo trenzado, sin tus rosados mofletes. Eres menos niña.

Me pregunto qué habrá sido de tu caperuza roja tan habitual.

Quizá mañana cruce la calle, para verte mejor. Pero no hoy, porque me aúlla el miedo. El miedo a sonreírte con mi gran boca estropeada.

SUBLIME

Gerardo Vázquez Cepeda (Tomelloso, Ciudad Real)

Sublime sobrevive en una ciudad de provincias. Los sábados de madrugada recoge las botellas inacabadas de whisky, ron y ginebra que abandonan los adolescentes ahítos. Si tiene necesidad de fumar, pide tabaco con educación o rebusca entre las colillas a medio consumir y compone con habilidad un cigarro. Para ganarse la vida, utiliza un cartón viejo con una inscripción en cursiva donde expone de forma concisa su miseria y una caja vacía de galletas. Observa su reflejo en el latón como si se asomara a la superficie de un manantial encantado, mientras las escasas monedas van cayendo como copos de nieve.

Sublime perdió la razón, nadie sabe bien cómo. Hay quien dice que era director de orquesta y que fue un accidente de moto. Otros dicen que la muerte de un hijo. A pesar de todo, sostiene que no hay que estar triste. Canturrea moviendo la mano como una batuta y habla de las contradicciones de este mundo.

Sublime regresa a su casa cuando cae la noche (léase puente, cajero automático o covacha de cartón). Sus huesos resisten a la intemperie. De

cuando en cuando son removidos por un policía y si está de humor transige, y se instala en un refugio. Se comprueban los antecedentes, se avisa a la familia. Silencio, labios chascados, excusas. Hay personas que le odian sin conocerle. Sublime se abandona. Se deja morir. Nadie le reclama. Nadie le ofrece la píldora milagrosa, la ansiada jubilación junto al mar, la partida de dominó en el asilo. Sublime es mitad leyenda, mitad realidad. En realidad, sólo existe cuando a él le viene en gana.

BASES IV CONCURSO DE MICRORRELATOS

“MANUEL J. PELÁEZ”

El Colectivo Manuel J. Peláez, constituido en el año 2010 con el fin de contribuir a la participación ciudadana y al desarrollo cultural, se honra en llevar el nombre de Manuel J. Peláez García (Zafra, 1952-2008), profesor e historiador, hombre de la cultura que hizo de la tolerancia y de la alegría su razón de vida. En su memoria se convoca la cuarta edición del concurso literario de microrrelatos ajustado a las siguientes bases:

1.- Podrá participar cualquier persona, presentando un máximo de dos microrrelatos, originales e inéditos.

2.- El texto será de tema libre, escrito en castellano y con una extensión mínima de 9 palabras y una extensión máxima de 317 palabras, incluyendo las del título.

3.- Todos los textos enviarán un solo correo electrónico, con uno o dos textos, a la dirección premiocolectivom-jpelaez@colectivomanueljpelaez.org. Los textos se presentarán en archivos word o pdf. La plica, con los datos del autor (nombre, dirección postal y teléfono), vendrá en archivo adjunto en el mismo mensaje. En la casilla «Asunto» deberá aparecer el título de los textos presentados. La recepción de textos comienza el 1 de enero y termina el día 29 de febrero de 2016.

4.- Habrá un único premio en metálico de 1.000 euros para el ganador. Además del premio en metálico, el texto ganador será publicado, junto a los considerados finalistas, en una antología.

5.- El jurado estará compuesto por siete miembros. Su presidenta será María del Carmen Rodríguez del Río, presidenta del CMJP. El fallo, que se hará público el 17 de mayo en la web y en la página de Facebook del CMJP, será inapelable.

6.- El premio será entregado el 19 de junio de 2016, en acto público que se celebrará en Zafra (Badajoz). El ganador deberá asistir para hacerse acreedor al premio.

7.- La participación supone la aceptación de estas bases.

ÍNDICE

PRESENTACIÓN	9
MICRORRELATO GANADOR	
Eva Limendoux Torres	13
PRIMEROS FINALISTAS	
Fabián Rubén Dorigo	19
Marlys Estrada Cañada	21
Yolanda Fidalgo Vega	23
María Fraile	25
Francisco López Serrano	27
Juan Carlos Muñoz	29
Arturo Sánchez Velasco	31
Jesús Tíscar Jandra	32
Adriana Tursi	34
RESTANTES FINALISTAS	
Alberto Asensi Vendrell	39
Dilia Cristina Balestrini Policastro	41
J. L. Baños Vegas	42
Roberto de Bianchetti	43
Pilar Blázquez	45
Marga de Cala	47
Jaime Calatayud Ventura	48
Rafael Castillo Morales	50
Javier Castrillo Salvador	52
María Fraile	54
Rosendo Gallego Menárguez	55
Juan Carlos García Calero	58
Ana Belén García García	60

Sol García de Herreros Madueño	62
Ignacio González Orozco	64
José Luis Gotor Trillo	66
Miguel Ibáñez de la Cuesta	67
Roberto Jusmet Cassi	69
María Martín Hiniesto	70
Marta Martín Morales	71
Xavier Mas Craviotto	72
Constantino Merino Tinoco	73
Marina de Miguel Arrivi	75
Juan de Molina	76
Julio Montesinos Barrios	77
Ginés Mulero Caparrós	79
María Muñoz Prados	80
Alejandro Paredero Pérez	81
Miguel Paz Cabanas	83
Itziar Pérez Asurmendi y Víctor Claudín	85
María Posadillo Marín	87
Rita Rodríguez	88
Marcelo Rodríguez Cachi	89
César Romero	90
Arnaldo Rosas	92
María Pilar Royo Martín	93
Alberto Salazar Gutiérrez	94
Elia Salinero Ontoso	96
José Joaquín Sachez García	98
Ramón Sánchez García	99
Alejandro Tercero González	101
Gerardo Vázquez Cepeda	102
Bases del Premio	107

El Colectivo Manuel J. Peláez fue constituido en el año 2010 en Zafra con el fin de contribuir a la participación ciudadana y al desarrollo cultural. Se honra en llevar el nombre de Manuel J. Peláez García (Zafra, 1952-2008), profesor e historiador, hombre de la cultura que hizo de la tolerancia y de la alegría su razón de vida.

A comienzos de 2013, el Colectivo convocó por primera vez el Premio de microrrelatos «Manuel J. Peláez». En las cuatro ediciones del premio los ganadores han sido:

2013: «Última duda» de Isabel Urueña (Madrid)

2014: «Reconocimiento» de Ángel Pontones (Valencia)

2015: «El timo» de Diego Rinoski (Madrid)

2016: «Indigestión» de Eva Limendoux Torres (Madrid)

En este librito que el lector tiene entre las manos se hace público el texto ganador de la edición de 2016 y los cincuenta y cuatro finalistas de entre los 1.765 participantes.

